

## CAPÍTULO IV

## SANTIDAD DE LA COMPAÑÍA EN SUS PRIMEROS TIEMPOS

SUMARIO: 1. Los tres santos que están á la cabeza de la Compañía, Ignacio, Javier y Borja.—2. Espíritu y carácter de cada cual.—3. Otros tres hombres eminentes en virtud, Laínez, Polanco y Nadal.—4. El P. Dr. Torres.—5. El P. Martín Gutiérrez.—6. El P. Alonso de Avila, llamado vulgarmente el P. Basilio.—7. El P. D. Antonio de Córdoba y el P. Francisco de Córdoba.—8. El P. Dr. Saavedra.—9. El P. Diego de Ledesma.—10. El P. Juan de Albotodo.—11. Otros hombres ilustres que vivieron en tiempo de San Francisco de Borja.—12. Breve noticia del P. Baltasar Álvarez.—13. Nivel religioso en que se mantenían la mayoría de los Nuestros.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. Polanco, *Historia S. J.*—3. *Epistolae Hispaniae*.—4. Archivo de Indias, 70-1-28.—5. Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*.—6. Ídem, *Historia de la Asistencia de España*.—7. Roa, *Historia de la provincia de Andalucía*.—8. *Examina Patrum S. J.*

1. Así caminaba la Compañía, entre prósperos y adversos sucesos, por la senda del instituto trazado por San Ignacio, movida interiormente de la gracia del Espíritu Santo y gobernada en lo exterior por la prudencia de Ignacio, Laínez y Borja. Y ¿cómo observaba la Compañía sus santas reglas? Difícil es calcular exactamente la santidad de una Orden religiosa. En toda corporación ha de haber variedad en la virtud, como la hay en el talento, en la habilidad, en la salud, en el genio y en el semblante. Mas como en una región dilatada hay montes que se encumbran hasta las nubes, colinas que se levantan algo sobre los llanos, y dilatadas llanuras, así en la Compañía descubrimos santos eminentes, religiosos notables y vida común de los que parecen formar la generalidad. Discurramos brevemente por estas diversas categorías en los primeros treinta años de nuestra Orden.

Á la cabeza de la Compañía, no sólo en aquella época, sino en todas las siguientes, resplandecen por sus virtudes los tres santos gloriosos de quienes tanto hemos hablado en esta historia, Ignacio, Javier y Borja. Todos tres han sido propuestos por la Iglesia como ejemplares acabadísimos de perfección evangélica. Muy diverso es

el carácter de los tres; pero ¡qué admirable unidad de espíritu en lo sustancial, en medio de tanta diversidad de genios, de talentos y ocupaciones! Son muy distintos ya antes de empezar á ser santos. Ignacio era un soldado ignorante y aventurero; Javier un estudiante de las antiguas universidades, lleno de ilusiones y esperanzas; Borja un magnate destinado á alternar con príncipes y á gobernar á los pueblos. Todos tres renunciaron á sus esperanzas mundanas, á sus hábitos y costumbres, para entrar á hacer maravillas en un mundo nuevo y desconocido.

2. ¡Quién había de conocer á los que fueron seglares en la nueva carrera que emprendieron! Ignacio fué el hombre de altos pensamientos, de vastas concepciones, de talento organizador, de voluntad de hierro para caminar á paso firme y constante al fin que se proponía. Pudieron variar sus ocupaciones, sus tareas apostólicas, sus relaciones sociales, sus estudios, sus penitencias. Lo que nunca varió en aquel hombre fué la voluntad firme de ir adelantando en la virtud y sirviendo cada día más á Dios nuestro Señor. Es notable el siguiente dato de Ribadeneira, confirmado por todos los biógrafos del santo: «Comparando el día de ayer con el de hoy, y el provecho presente con el pasado, cada día hallaba haber aprovechado más y ganado tierra, y que se le acrecentaban los santos deseos en tanto grado, que en su vejez vino á decir que aquel estado que tuvo en Manresa (al cual en tiempo de los estudios solía llamar su primitiva iglesia) había sido como su noviciado, y que cada día iba Dios en su alma hermoheando y poniendo con sus colores en perfección el dibujo de que en Manresa no había hecho sino echar las primeras líneas» (1).

San Francisco Javier ha quedado en la Iglesia como tipo del varón apostólico. Es el hombre de corazón magnánimo, de celo insaciable, de actividad inextinguible. Sus virtudes apostólicas realizadas con los milagros y profecías de que Dios le dotó, nos presentan la figura del apóstol de las Indias como la de un hombre extraordinario entre los mismos extraordinarios, como una especie de milagro que asombra, y al mismo tiempo que convida á bendecir á Dios que le hizo tan grande, espanta y como anonada nuestra pequeñez.

San Francisco de Borja, con su exterior humilde y austero, con su sotana raída, con su rostro macilento y con la gravedad de su porte, era en las ciudades de España un modelo asombroso del des-

(1) *Vida de San Ignacio*, l. v, c. 1.



precio del mundo y del sacrificio completo en obsequio de Cristo crucificado. De muchos santos se ha dicho que predicaban sin palabras, con la modestia y humildad de su exterior. En pocos se habrá verificado tanto esta verdad como en Borja. Los papas, los reyes, los obispos, los cardenales, toda la grandeza del mundo respetaba y honraba á Borja, y de tantos honores nunca se pegó la menor complacencia al corazón del santo. Donde él entraba, entraba la santidad, y es notable observar que, mientras otros Padres, tratando con príncipes y señores, se veían precisados á plegarse más ó menos á los caprichos de ellos y meterse en negocios seculares, Borja, por el contrario, obliga á los príncipes y señores seculares á hacerse más ó menos religiosos. La superioridad de su virtud se imponía dondequiera, y todo el mundo sentía que al lado de aquel hombre era preciso reportarse y obrar bien.

En estos tres santos podemos aprender las virtudes más características de la Compañía de Jesús. En Ignacio el deseo de la mayor gloria de Dios y la voluntad firmísima de buscarla en todo y por todo. En Javier vemos el celo apostólico sin límites ni vallas. Borja es el hombre crucificado al mundo y que nos enseña á comunicar la santidad á los seculares, sin contaminarnos con los vicios de ellos.

3. Al lado de estos tres santos debemos colocar otros tres, que vivieron con ellos y compartieron con ellos los trabajos de fundar la Compañía. Son los ya conocidos PP. Laínez, Polanco y Nadal. Llena está nuestra historia de noticias sobre estos Padres, pero todo cuanto se diga será poco, para declarar sus eminentes virtudes y lo mucho que la Compañía les debe. En vida de San Ignacio fué Laínez, sin disputa, el operario más celoso é incansable que tuvo la Compañía después de San Francisco Javier. Cuando se impriman, como esperamos, sus cartas, podremos admirar como se debe su actividad pasmosa, su constante predicar y confesar, sus reformas de monasterios, sus Ejercicios á personas ilustres, sus catecismos á los pobres desarrapados de las calles, sus respuestas á consultas, aquella variedad, en fin, de trabajos apostólicos, ejecutados con una salud mezquina y quebradiza. Y, á todo esto, lo que más enamora en Laínez es aquella ingenuidad de corazón, aquella sumisión perfecta y aquel amor ternísimo á San Ignacio. Sabida es la reprensión severa que el santo patriarca le envió por alguna ligera resistencia, que siendo Provincial hizo á cierta disposición del santo (1). Suele citarse la

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. III, p. 129.

respuesta de Laínez como ejemplo de humildad religiosa. Sí que lo es, de humildad y de mortificación, pero no sé si será más de amor filial y acendradísimo á San Ignacio (1).

El P. Juan de Polanco llevó una vida más oculta, pues durante veinticinco años vivió al lado de los tres Generales, sirviéndoles de secretario. Su acción en la Compañía parece quedar como escondida bajo la sombra de los Generales; pero ¿cuántos de los aciertos y de las buenas providencias nacidas de ellos, no se deberían al fidelísimo Polanco? Aquí tenemos un ejemplo de actividad increíble en un género enteramente diverso, la actividad de bufete. Con el auxilio de algunos Padres y Hermanos, no solamente despachaba Polanco la correspondencia del General, sino que, además, estudiaba las Constituciones, las traducía al latín, consultaba con otros Padres y con el mismo santo patriarca los puntos difíciles de ellas, preparaba los materiales para los documentos pontificios que se habían de pedir, y en medio de esto cuidaba del sustento del colegio romano cuando éste no tenía rentas, ocupación penosa que debiera bastar para entretener todo el día á cualquier diligente y activo procurador. Como si todo esto fuera poco, halló tiempo el P. Polanco para escribir la voluminosa *Historia de la Compañía*, que en seis gruesos tomos ha impreso el *Monumenta historica S. J.* De sus virtudes religiosas da ilustre testimonio el P. Cámara, cuando nos dice que él y el P. Nadal eran los hombres á quienes San Ignacio reprendía más sin miramiento cualquier ligero descuido, por estar seguro de que aquellos hombres tenían virtud para todo. Bien lo mostró Polanco en el suceso que habremos de referir en el tomo siguiente, cuando, siendo Vicario de la Compañía, y estando convencidos casi todos de que iba á ser elegido General, se levantó aquella tempestad, cuyo resultado fué, no sólo privarle del generalato, sino retirarle del gobierno central de la Compañía. En todo este negocio estuvo Polanco tan sobre sí, y se portó con tan admirable dignidad y humildad, que, como atestigua Ribadeneira, que estaba presente, hubo quien disimuladamente le cortó una partecita del vestido para conservar la como reliquia de un santo (2). Murió en 1576.

Distinto en carácter fué el P. Nadal. Hombre de acción, observador diligente, de esos que todo lo han de ver y palpar. Siempre en

(1) Alcázar, *Chronohistoria de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo*, t. I, p. 208.

(2) *Historia de la Asistencia*, l. VI, c. 1.



movimiento, y en medio de este movimiento conservando en su interior el recogimiento y reposo de alma que pudiera tener un contemplativo. Cuando leemos sus apuntes sobre lo que hacía en la oración, las gracias que pedía á Dios, los textos de Santos Padres que apuntaba, no precisamente para hacer pláticas ó aprovechar á otros, sino simplemente para aprovecharse á sí mismo y hacerse buen religioso, pudiéramos creer que era el hombre más desocupado del mundo y que vivía encerrado en alguna ermita, vacando únicamente á Dios. Pues cuando contamos las casas que visitó, que fueron casi todas las de Europa, y recordamos la escrupulosa exactitud con que todo lo examinaba, disponía y reglamentaba, sin que se le pasase por alto ni un clavo hincado en la pared, nos ocurre que no debía tener tiempo para hacer un rato de oración retirada. Todo, sin embargo, lo sabía hermanar este hombre superior. Empezó por ser en Sicilia un rector, un maestro y un misionero de primer orden. Desde que San Ignacio le encomendó promulgar las Constituciones, hasta la muerte de San Francisco de Borja, es decir, en un espacio de veinte años, estuvo siempre ocupado en el gobierno supremo de la Compañía, ya como Vicario general, ya como Asistente, ya como Comisario y Visitador. Propendía un poco á la severidad y era tal vez excesivamente reglamentario (1). Por eso, de vez en cuando infundía algo de miedo; pero por lo mismo que su carácter era tan acerado y valiente, nos admira mucho más la docilidad con que se sometió á los Generales, y la humildad y candor con que les daba cuenta, como un niño, de todo lo que hacía y pensaba. Murió en Roma en 1580.

4. En torno de estos héroes resplandecieron, con virtudes más ó menos eminentes, otros muchos Padres y Hermanos, que ya en aquel primer tiempo ilustraron á la Compañía, aunque tal vez se distinguieron más en la época siguiente. Ya hablamos á su tiempo del P. Francisco de Villanueva, el famoso rector de Alcalá. En varias ocasiones hemos mencionado las virtudes del prudentísimo aragonés P. Dr. Miguel de Torres. Aunque ya desde el principio le notaron un poco de retrainimiento en el trato con los prójimos, y más afición á los libros de lo que pedían sus cargos (2), con todo eso, siempre fué mirado en España como uno de los modelos más acabados del religioso

(1) Así lo demuestran los muchos cuadernos de ordenaciones particulares que dejó escritos.

(2) Polanco, *Hist. S. J.*, t. IV, p. 597. De este mismo defecto le avisó el P. Lainez en 1564, exhortándole á ser más expansivo y accesible á todos. (*Regest. Lainez. Hisp.*, 1559-1564, f. 421.)

de la Compañía. Su carácter de grave dulzura, su amor á la observancia religiosa, su diligencia en hacerla guardar en los colegios, y á todo esto la humildad con que reconoce los descuidos involuntarios que le pasan, todo esto, junto con el eminente juicio y prudencia que en todas partes descubre, nos hace concebir una especie de veneración, mezclada con amor, hacia un religioso tan humilde y al mismo tiempo tan respetable (1). Más de veinte años vivió en Portugal; desde que en 1555 le nombraron Provincial de aquella provincia, hasta que en 1577 fué enviado á Madrid para un negocio gravísimo de que hablaremos despacio en el tomo siguiente. Desde este año hasta su muerte, ocurrida en 1593, vivió en Madrid, Toledo y Alcalá, siendo la edificación de todos los de casa. Véase la noticia que nos da de su conversación el P. Gil González Dávila, cuando, viniendo á España en 1581, después de ser Asistente del P. Mercurian, informaba al P. Aquaviva acerca de los negocios y personas de por acá.

«Hallo esta casa [de Toledo] con mucho crédito en esta ciudad, gran concurso á todos nuestros ministerios y mucho fruto de ellos en todo género de personas. El buen P. Dr. Torres con sus setenta y cuatro años está más sano que nunca le vi, es el ejemplo de esta casa en obediencia, humildad, en ser el primero que acude á confesar al pobre y al desarrapado, y atiende á esto todo el día y aun sale á enfermos. Está muy consolado aquí, y con las nuevas que le he dado de las cosas nuestras en ese puesto [en Roma] se ha alegrado particularmente, y V. P. podrá escribirle, pues sus venerables canas lo merecen y la mucha edificación que aquí da con su ejemplo» (2). ¡Ilustre ancianidad la de un hombre, confesor de la Reina de Portugal, que después de emplear sus mejores tiempos en los cargos más delicados é importantes de la Compañía, consagraba sus últimos años á la asistencia de los pobrecitos y al consuelo de los desamparados!

5. Todos nuestros Padres y Hermanos de España tienen alguna noticia del P. Martín Gutiérrez, hijo tan regalado de María Santí-

(1) San Ignacio le había eximido de la obediencia de todo superior, excepto del General, pero él no cesó de suspirar por la santa obediencia, rogando que le dejasen obedecer como otro cualquiera. Sobre esto fué admirable la carta que escribió en 1558 á Lainez, pidiéndole que le quite de Provincial y que le ponga (son sus palabras) «en omnimoda obediencia, haciéndome merced que á lo menos este postrer tercio de la vida, que por ventura será menos de lo que pensamos, pueda gozar del privilegio desta omnimoda obediencia de que todos los demás de la Compañía han gozado». (*Epist. Hisp.*, I, f. 542.)

(2) *Epist. Hisp.*, xxv, f. 457. Toledo, 11 de Noviembre de 1581.



sima. Por lo que hemos podido descubrir en las cartas de aquel tiempo, merece, sin duda alguna, la estimación de santo en que se le tiene. Había nacido en Almodóvar del Campo, y cuando cursaba la medicina en la universidad de Alcalá, hizo los Ejercicios bajo la dirección del P. Villanueva. Poco después sintió vocación á la Compañía, y entró en ella á fines del año 1550. Fué tan fervoroso y diligente en la oración cuando novicio, que padeció graves dolores de cabeza y una enfermedad peligrosa, originada de su mortificación. Convalecido de ella fué enviado en 1551, todavía novicio, á estudiar teología en Salamanca. Cuando la terminó en 1555 fué nombrado rector del colegio de Plasencia, donde perseveró hasta 1562. Entonces le trasladaron á Valladolid, y de aquí le llevaron á Salamanca, donde gobernó prudentísimamente aquel colegio, que ya empezaba á ser el más importante de España. Hubo propósito de enviarle á la América con el cargo de Comisario general de aquellas provincias (1), pero no se realizó este pensamiento. Asistió á las dos primeras Congregaciones generales, y cuando iba á la tercera, en 1573, como elector de Castilla, fué preso por los herejes en Francia y murió con sumo desamparo en una triste cárcel, con una santa muerte que muchos llamaron martirio. Todos los que le trataron dan testimonio, no solamente de su devoción ardentísima á la Madre de Dios, sino también de su humildad y sencillez encantadora, de su celo por la conversión de las almas, de su gran penitencia y de los dones altísimos que Dios le comunicaba en la oración.

«En el rector de Salamanca, dice el P. Gil González, informando al P. General sobre el P. Gutiérrez, ha puesto nuestro Señor muchos dones suyos de oración, prudencia, discreción y buena manera de trato. La familiaridad que tiene con nuestro Señor en la oración es de mucho consuelo. Los sermones y trato con prójimos, en el cual tiene mucha mano y en la palabra fuerza y persuasión, le ocupan del cuidado que pudiera tener dentro de casa, y el ser tan goloso de la oración, que el rato que puede no le pierde para esto» (2).

6. Pocos años duró otro insigne misionero, á quien Dios llevó para sí en la temprana edad de treinta años. El P. Alonso de Avila, llamado por otro nombre el P. Basilio, era hijo de nobles padres de Sevilla, y cuando estudiaba en Salamanca al tiempo de la persecución de

(1) Sevilla, Archivo de Indias, 70-1-28. Una cédula Real pidiendo al P. Gutiérrez para Comisario de la Compañía en América.

(2) *Epist. Hisp.*, xvii, f. 104. Medina, 23 de Enero de 1570.

Melchor Cano, se sintió llamado por Dios á la Compañía. Dióse á la virtud con decidido fervor. Era su divisa el aprovechar el tiempo presente, repetía sin cesar estas palabras: *Hic et nunc*, y atento siempre á hacer de presente todo lo que podía, no dejaba pasar ocasión de ejercitar la virtud. Llamaba la atención, sobre todo, por su puntualidad y diligencia en los ejercicios espirituales. Moderaron los superiores sus penitencias, aunque tal vez no tanto como convendría.

Concluídos los estudios, dedicáronle principalmente al ministerio de la predicación, para el cual poseía notable talento. Cuando empezó la provincia de Andalucía, fué enviado á ella entre los primeros nuestro P. Alonso de Avila, que empezó á darse á conocer en aquel país con el nombre de Basilio. Ya indicamos en otro lugar (1) la edificación que produjo en Sevilla, cuando, teniendo allí su casa y poderosos parientes, prefirió hospedarse entre los pobres y mostrarse en público y en privado diligente observador de la pobreza evangélica. Con el ejemplo de tan religiosas virtudes fué eficazísima la elocuencia del P. Basilio. Preciosísimos frutos espirituales empezó á dar este religioso, primero en Sevilla y después en Granada, donde era sumamente venerado por el Arzobispo D. Pedro Guerrero y por todas las personas principales de aquella ilustre ciudad; pero á lo mejor de la carrera le cortó Dios los pasos enviándole una fuerte enfermedad, que le acabó en pocos días con una muerte consoladísima entre las lágrimas de todos los circunstantes. Dió su alma al Señor el 17 de Octubre de 1556 (2).

7. Otra joya recogida por la Compañía, con ocasión de las persecuciones de Melchor Cano, fué el P. Antonio de Córdoba, joven nobilísimo, que estudiaba en Salamanca con esperanzas de subir á las más altas dignidades eclesiásticas. El trato de los Nuestros le aficionó primero á la virtud, y poco á poco se sintió llamado á nuestra vocación. Como sentía graves dificultades en poner por obra su deseo, consultó el negocio con el P. Juan de Ávila, que le era muy conocido. Cuando el prudente maestro entendió las zozobras de su discípulo, le escribió estas palabras el 5 de Noviembre de 1550: «Los peces grandes son malos de tomar, han menester muchas vueltas río arriba, río abajo, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prendan del todo con el anzuelo. Por lo cual, no se maraville Vmd. si tantos golpes le da nuestro Señor y contradice á lo que llevaba

(1) Tomo I, p. 432.

(2) Ribadeneira, *Hist. de la Asistencia*, l. II, c. 9.



pensado y deseado; que sin duda ha de vencer la voluntad y parecer de Vmd., recios de domar y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en Vmd., sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor» (1).

Venció, efectivamente, la gracia las resistencias del joven, quien entró en la Compañía en 1552. Precisamente entonces, como ya dijimos, se trataba de hacerle Cardenal, junto con San Francisco de Borja. Breve tiempo vivió al lado del santo, y al empezar la provincia de Andalucía, fué nombrado rector del colegio de Córdoba. Algún tiempo después instó á los superiores para que le admitiesen la renuncia del rectorado y le dejasen desempeñar una clase de gramática en el mismo colegio. No contento con este acto de humildad, gustaba de ejercitarse en aquellas mortificaciones extrañas de que hablamos en el capítulo primero de este libro.

Era hombre de muy poca salud, siempre enfermizo y achacoso, y parece que cuanto más le cuidaban los superiores, como era razón, tanto crecía en él la humildad y el desprecio de sí mismo. Su condición era sumamente apacible, ligeramente melancólica, efecto quizá de sus continuas enfermedades, siempre inclinada á pensar bien del prójimo y á excusar faltas ajenas. Poseía gran juicio y madurez en los negocios, y con el conocimiento que tenía de la aristocracia y las poderosas relaciones de su familia, fué muy pronto uno de los Padres más respetados en España. El P. Nadal quedó enamorado en su última visita de las virtudes religiosas del P. D. Antonio, y ciertamente, cuando leemos sus cartas, no podemos menos de amar á un hombre en quien campean con la mayor prudencia que cabe, un amor ardentísimo á la vocación, una humildad sincera, un sentimiento ternísimo por las faltas que se cometen, y un deseo incesante de remediar los descuidos de otros y consolar á todos en sus trabajos. Adolecía este Padre de aquel defecto que Dios enmendó en el P. Gutiérrez y también en el P. Baltasar Álvarez, cual era el acongojarse demasiado por los pecados del mundo y por las faltas ordinarias que se cometen en la religión. Mas como este defecto nacía de su grandísima caridad, es de aquellos defectos que excitan á más amor, y efectivamente, pocos hombres se presentan en la primitiva Compañía tan dulces y simpáticos como el P. Antonio de Córdoba. Murió en Oropesa por Enero de 1567 (2).

(1) Idem, *Ibid.*, l. iv, c. 17.

(2) Idem, *Ibid.*, l. iv, c. 17. Murió en casa de los Condes de Oropesa, que tra-

No debe confundirse con este Padre otro de su mismo apellido, Francisco de Córdoba, hijo del Duque de Segorbe, que movido por los sermones del P. Martín Gutiérrez, entró en la Compañía y fué amaestrado en la virtud por el P. Baltasar Álvarez. En el breve tiempo que le duró la vida religiosa, fué un ejemplo admirable de todas las virtudes, sobre todo de la humildad. El P. Luis de la Puente nos ha dejado una breve reseña de la vida de este Padre en la célebre biografía del P. Baltasar Álvarez (1). Á ella remitimos á nuestros lectores, contentándonos con recordar su santa muerte, ocurrida en 1574. Estaba entonces haciendo el tercer año de probación, y cuando todos esperaban que con sus virtudes religiosas, realizadas por la nobleza de su linaje, había de ser una columna de la Compañía, Dios le llamó para sí con un fuerte tabardillo que le acabó en pocos días.

8. Algunas veces en el curso de esta historia hemos hablado del P. Dr. Pedro de Saavedra, y ciertamente que merece especial mención por sus eminentes virtudes. Había nacido en Esquivias, provincia de Toledo, el 10 de Febrero de 1510. Estudió la facultad de Derecho en Salamanca, y se estableció después en Alcalá, donde alcanzó fama de docto y diestro abogado. En este tiempo se casó y tuvo en su matrimonio cuatro hijas, á las cuales educó en el santo temor de Dios. Hizo los Ejercicios con el P. Francisco de Villanueva, y de ellos salió resuelto á entregarse á la virtud cuanto pudiese. Empezó á frecuentar los santos Sacramentos, hacía á los pobres todas las limosnas que podía, y para tener presente la hora de la muerte, mandó á la menor de sus hijas, niña de cuatro años, que á ciertas horas entrase en su estudio y le dijese: «Señor padre, acuérdesese que ha de morir.»

En 1552 murió su buena esposa, y al pie de su lecho, como última prueba de amor á la moribunda, hizo voto de castidad y le prometió ordenarse de sacerdote y decir por ella la primera misa que celebrase. Cuatro años vivió todavía en el siglo el Dr. Saavedra, principalmente para atender á la educación de sus hijas. Confesábase con el P. Villanueva, é hizo voto de obedecerle en todo y de practicar la pobreza evangélica, cuanto él se lo permitiese. Por fin, el año 1556, habiendo arreglado los negocios de su casa y dejado á sus hijas bajo el cuidado de sus suegros, entró en la Compañía en Plasencia, adonde

taban entonces de fundar el colegio de aquella población, y por ser muy conocidos de la familia del P. Antonio, se lo llevaron con licencia de nuestros superiores, para ver si se curaba de sus achaques.

(1) *Vida del P. Baltasar Álvarez*, c. 30.